

Una dicha serena



JORDI LLAVINA

JORDI LLAVINA

19/02/2020 00:47

Actualizado a
19/02/2020 02:41

En 1949 Martin Heidegger pronunció una conferencia de homenaje al músico Conradin Kreutzer, a raíz del centenario de su muerte. Era, como él, originario de la ciudad de Messkirch. La tituló “Serenidad” (*Gelassenheit*), y, en unas pocas hojas, dejó varias ideas, algunas de las cuales conocidas de anteriores publicaciones. Verbigracia, su ambivalente relación con la técnica: no la rechazaba, pero desconfiaba de ella. El célebre pensador mostraba su preocupación por que el *pensamiento calculador* no desplazara totalmente la *reflexión meditativa*. También defendía el arraigo en un lugar, beneficioso para la creación artística o el discurso filosófico. “Cuando se despierte en nosotros la serenidad para con las cosas y la apertura al misterio, entonces podremos esperar llegar a un camino que conduzca a un nuevo suelo y fundamento”.

He recordado estos conceptos del filósofo alemán – *serenidad*, *apertura al misterio* – al leer un hermoso poemario de Nicolau Dols, un sabio auténtico: doctor en Filología, gramático (autor de dos gramáticas del catalán en lengua inglesa), afamado esperantista... La obra se titula *Feliç* (Godall Edicions), un título tan discreto como certero. ¡Ha sacado este su primer libro de poesía a los 52 años! La voz *serenidad* está conjugada de muchas maneras. El misterio también aparece invocado: en ocasiones, para aceptarlo; otras veces, para no prestarle demasiada atención.

Dividida en tres partes, la obra incluye algunos versos escritos hace más de tres décadas. La primera parte es un compendio de sabiduría, en que se reivindica una vida sin objeciones, abierta a todo, sin lastre de nostalgia y obsesión ninguna por el porvenir: “Feliz aquel que hace de su dolor / la fecunda siembra de la belleza / en que el tiempo cultivará flores de dicha”.

La segunda parte parece tocada por la ligera gravedad de la poesía oriental –de hecho, parte de una forma estrófica tradicional china–, y

nos refiere una historia de amor aciaga.

La tercera, también dedicada a un amor truncado, es una colección de sonetos espléndidos, bajo la admonición de Petrarca. El dolor, en efecto, es una siembra de la belleza: “La sal empieza a oxidar el mañana / y, sólo por ti y por la palabra, / vuelvo a echar las redes a la mar”. ¡Feliz, sí, el lector de este libro!